



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 4.^o

JUEVES 3 DE ABRIL DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA ARQUEOLOGIA POPULAR, por Florencio Janer.—EL TONELERO DE NUREMBERG, cuento de Hoffman. (Continuacion.)—INTRIGA Y PASION, por John Lang.—ECONOMIA RURAL. LAS AVES DOMÉSTICAS.—NUEVOS ANTILOPES AFRICANOS.—EL MAL DEL PASTORCILLO, por Antonio Vidal y Domingo.—LOS DOS ANGELES, leyenda alemana, por Krummacher.—LA LIEBRE Y EL ERIZO, cuento aleman, por Grim.—LAS ÓRDENES MILITARES.—LAS MODAS PRIMITIVAS Y LAS MODAS MODERNAS, por Adela.—Esplicacion de la clave enigmática del número anterior.

LA ARQUEOLOGIA POPULAR.

¿Existe, puede y debe existir una arqueología popular, ó los conocimientos arqueológicos deben continuar como hasta aquí siendo patrimonio de escaso número de hombres estudiosos? ¿No pueden las naciones recibir bien alguno de que la arqueología salga del reducido círculo en que se halla circunscrita, sin pasar al dominio del pueblo que puede comprender como los literatos las bellezas y las utilidades prácticas de semejante clase de estudios? Deberá, en fin, continuar como hasta aquí la arqueología, siendo considerada como conocimiento inútil de la antigüedad, sin aplicaciones á las necesidades de nuestros tiempos, sin consideracion decidida por parte de los gobiernos y sin ser un elemento imprescindible de no pocas carreras y enseñanzas? En fin, es conveniente, útil y posible que el estudio de la arqueología llegue á popularizarse?

Hé aquí otras tantas cuestiones que nos proponemos tratar y resolver en obsequio no solo de la dignidad nacional, sino del sentimiento y del gusto del pueblo, no prostituido en materia de bellas artes y antigüedades, como suele suponerse, sino dotado de condiciones necesarias para sentir y conmoverse á vista de los recuerdos de otras generaciones y de otras épocas. Porque indudablemente, como hemos dicho antes de ahora, toda nacion culta, todo pueblo que pretenda ocupar distinguido lugar en la consideracion de las naciones civilizadas, debe prestar á la arqueología los elementos ne-

cesarios para su esplendor, cultivo y desarrollo. Porque el estudio de los monumentos menos espuesto á dudas y contradiciones que el de la historia, puesto que no cabe en ellos la congettura, la pasion ó la lisonja con tanta facilidad como en aquella, establece el cuadro completo del estado social de nuestros antepasados. La arqueología, aun por medio de las obras mas comunes y groseras de los hombres, nos ofrece hechos que nos guian al través de las antiguas edades; nos ofrece el testimonio de los grandes acontecimientos, retrata los hombres célebres, demuestra de un modo palpable sus nombres, sus opiniones, su mérito ó sus defectos, espresa todavía mejor que la historia el origen de los pueblos, su religion y sus costumbres, su política, su administracion, su cultura, sus progresos en artes y ciencias, la estadística moral, en fin, de las antiguas sociedades. Y bajo este punto de vista la arqueología no es solo una ciencia que auxilia á los sabios en sus estudios, que facilita el conocimiento de fechas y de sucesos, de acontecimientos notables, de batallas, de reinados, de construcciones olvidadas quizá en el inmenso panteon de lo pasado, sino que es para el pueblo un ejemplo vivo de sus antiguas glorias, de sus adelantos y progresos.

Hé aquí por qué debe darse gran importancia al elemento histórico y arqueológico en la vida de las naciones. No solo el conocimiento y la conservacion de antigüedades contribuye á la formacion de buenos artistas y á la ilustracion de las ciencias, sino que con el recuerdo de los grandes hechos, con la consideracion de lo que hicieron nuestros antepasados, se eleva el amor propio de los pueblos, se robustece el espíritu nacional y se engrandecen las naciones á los ojos de los extranjeros. Estos estudios que nos dicen lo que fueron los hombres de otras épocas, estos trabajos en que los primeros historiadores del mundo nos encarecen el buen ó mal estado de las generaciones antiguas, prestan un verdadero servicio á los que viven ahora, recordando de qué fueron capaces los que vivieron. Estimulándonos con el ejemplo á

imitar sus buenas acciones, lograremos quizá sobrepasarlas, y de este modo pueden las sociedades modernas hacerse acreedoras de igual ó mayor aplauso.

Pero este servicio le prestan no solo las producciones de los buenos arqueólogos é historiadores, sino tambien los museos establecidos en las capitales cultas, en donde se custodian los restos de la antigüedad, se conservan las producciones de nuestros bisabuelos, se veneran sus recuerdos, se honran los objetos con que conquistaron acaso la nombradía que les reconoce la posteridad, ó la gloria con que cubrieron á sus descendientes. Los museos arqueológicos no deben, pues, considerarse solo como un vasto repertorio de restos mas ó menos incompletos de los tiempos antiguos; no basta ver en ellos una coleccion de preciosidades artísticas, puestas á salvo de las destructoras inclemencias del tiempo, ni una escuela de obras maestras á que puedan concurrir los artistas para conocer el carácter particular de las diversas épocas. Además de estos especiales servicios; los museos prestan inmediata enseñanza, ilustrando al público en general con sus mismos restos antiguos y sus mismas preciosidades, levantando el ánimo á heroicas acciones con los recuerdos vivos de los grandes hombres.

No debe, pues, dudarse de que existe, puede y debe existir una arqueología popular y de que su estudio es útil y conveniente. Otro día demostraremos la posibilidad de que este estudio de la arqueología llegue á popularizarse.

FLORENCIO JANER.

EL TONELERO DE NUREMBERG.

CUENTO DE HOFFMANN.

(CONTINUACION.)

VIII.

Desde la aurora del día siguiente la bella Rosa estaba sentada al lado de la ventana de su pequeña habitacion, meditando dulcemente

sobre los acontecimientos de la víspera. Su bordado había caído de su falda al suelo; sus blancas manos, con venas azules, estaban unidas como en oración, y su encantadora cabeza se hallaba inclinada sobre su pecho. ¿Quién podría decir dónde estaban sus pensamientos en este momento? Tal vez se entregaba á un sueño inocente escuchando aun los dulces cantos de Reinaldo y Federico, ó tal vez deseaba mas ver al hermoso Conrado, arrodillado y pidiendo con una mirada tan ardiente y una voz tan cariñosa, la recompensa de sus victorias en los juegos de la víspera. Unas veces los labios de la joven murmuraban algunas notas de una canción, otras dejaban escapar sílabas oscuras ó decían:—¿Deseáis mi ramillete? Al decir esto, un ojo práctico hubiera sorprendido en sus mejillas un color mas encendido que de ordinario. Bajo sus párpados, casi cerrados, hubiera visto una mirada rápida que hacia temblar su interior por temor de que hubiera adivinado el secreto del suspiro que hacia levantarse su pecho. Pero precisamente en aquel momento Marta, la viuda de Valentin, entró en la habitación de Rosa, y esta, volviendo súbitamente en sí, tuvo ocasión de referirla con todos sus detalles la fiesta de Santa Catalina y el paseo de la tarde en la pradera de las flores. Cuando hubo concluido esta importante relación, Marta la dijo sonriéndose:

—Espero que sereis feliz, mi querida Rosa, porque teneis tres galanes, entre los cuales sois libre de escoger.

—¡Por el amor del cielo! exclamó la joven, poniéndose encendida de terror; ¡por el amor del cielo! ¡qué decís! ¡yo tres galanes!

—¿Y por qué no? replicó Marta, ¿creéis necesario hacer misterio conmigo de una cosa que es evidente á los ojos de todo el mundo? ¿Pensáis que no es bien sabido ya que los tres oficiales de maese Martin han concebido una pasión violenta por vos?

—¡Oh! ¿qué me decís? exclamó Rosa ocultando su rostro con sus manos, mientras brotaban lágrimas de sus ojos.

—Venid, mi querida hija, replicó Marta llevando hacia sí á Rosa; venid, mi querida Rosa, no me ocultéis la verdad: es imposible que hayáis dejado de observar que estos tres hombres olvidan su obra en el momento en que aparecen entre ellos, y que sus martillos dejan de golpear, porque los que los manejan no pueden apartar sus ojos de vos. Vosotras las jóvenes ¿no advertís inmediatamente estas cosas? ¿No sabéis bien que Reinaldo y Federico reservan sus canciones mas tiernas para cuando vais á trabajar al lado de vuestro padre? ¿No habéis notado el cambio súbito que se verifica en las rudas maneras del brusco Conrado? Cada una de vuestras miradas hace feliz á uno y celoso á dos. Y luego, ¿no es muy dulce sentirse una amada por tres bellos jóvenes? Y si viniérais algun día y me dijerais: «Marta, aconsejádme, ¿cuál de estos bellos galanes merece mi corazón y mi mano?» ¿Sabéis, querida Rosa, qué contestación os daría? Yo os contestaría: Escoged el que vos prefirais, y en ello encontrareis vuestra felicidad. Por lo demás, si yo hubiera de discutir sus méritos, Reinaldo me agrada, Federico tambien, Conrado igualmente, y sin embargo, en todos ellos encuentro defectos. Cuando veo á estos tres jóvenes trabajar tan ardentemente desde la mañana hasta la noche, á despecho de mí misma, me acuerdo de mi pobre Valentin, y digo que si él no era tan hábil en su oficio, se dedicaba, sin embargo, á él mucho mas seriamente. Jamás le hubierais visto ocuparse de nada mas que de su trabajo, mientras que los tres nuevos oficiales de maese Martin me parecen gentes que se han impuesto una tarea voluntaria, y que están llevando á cabo pacientemente un plan que, sin embargo, no puedo descubrir. Por lo demás, hija mia, si quereis creerme, Federico debe ser el que eligais; yo le creo generoso y franco como el oro, y me parece que es mas sencillo, y que su lenguaje, sus modales y su aspecto, son mas semejantes á la gente de nuestra clase. Además, me gusta seguir en él el progreso lento y tímido

de su amor; tiene el candor y la timidez de un niño; apenas se atreve á levantar sus miradas para encontrarse con las vuestras; cuando vos habláis se sonroja. Estas cualidades, hija mia, son mejores que otras mas brillantes; hé aquí por qué razón tengo simpatías por este joven.

Mientras escuchaba á Marta, que hablaba así, Rosa no pudo contener dos gruesas lágrimas, que estaban detenidas en sus ojos; se levantó, y volviendo su espalda á Marta, fué á la ventana, y apoyando en ella sus codos, dijo:

—Ciertamente, amo á Federico; pero, ¿os parece Reinaldo tan poco digno de atención?

—¡Ah! exclamó Marta, debo confesar que es el mas hermoso de los tres; no he visto nunca ojos mas brillantes que los suyos cuando os mira; pero hay en su persona algo extraño y afectado, que me causa una incomodidad indescriptible; me digo á mí misma que un artesano tal hace demasiado honor al taller de maese Martin; cuando habla, creo oír una suave música, y cada cosa que dice parece que nos saca de la vida material; pero si reflexionamos acerca de lo que nos ha dicho, nos vemos obligadas á confesar que no hemos comprendido nada de ello. Por mi parte, le considero á pesar mio como si fuera de una naturaleza enteramente diferente de la nuestra, y criado para existir en otro estado de la sociedad. En cuanto al tercero, el brusco Conrado, es una mezcla de pretension y de orgullo que desagrade singularmente con el delantal de cuero de un simple artesano. Todos sus movimientos son tan imperiosos, como si tuviera él derecho de mandar aquí, y en efecto, desde que ha venido, maese Martin, ha sido incapaz de obligarle á que plegara su voluntad de hierro. Pero á pesar de su carácter inflexible no hay un hombre mejor ni mas de bien que Conrado, y llegaré hasta decir que yo preferiria esta rudeza y este carácter salvaje, á la esquisita elegancia de las maneras de Reinaldo. Conrado debe haber sido soldado, porque conoce demasiado bien el manejo de las armas, y hace varios ejercicios difíciles para no haber sido hasta ahora mas que un oscuro artesano. Pero, ¿qué es esto, mi querida Rosa? Estais distraida, y á mil leguas de distancia de lo que yo os decia. Venid, pues, os pregunto una vez aun: ¿cuál de estos tres galanes es el que preferís para marido?

—¡Oh! puesto que me lo preguntais, replicó la joven, os diré que yo no juzgo á Reinaldo como vos.

A estas palabras se levantó Marta, y haciendo una seña amistosa con la mano, la dijo:

—Todo está dicho; Reinaldo será vuestro marido; esto cambia todas mis ideas.

—Pero os ruego, gritó Rosa siguiéndola hasta la puerta, os suplico que no creais ni supongais nada, porque ¿quién puede saber qué sucederá en lo futuro? Dejemos el cuidado de ello á la Providencia.

Durante algunos dias el taller de maese Martin estuvo animado por una nueva actividad; para cumplir todos los encargos que se le hacían, le fue necesario tomar aprendices y oficiales, y desde la aurora hasta ponerse el sol, el sonido de los martillos hacia un ruido atornador. Reinaldo había sido encargado de tomar las medidas para el gran tonel encargado por el príncipe obispo de Bamberg. Despues de este trabajo de reflexion y de inteligencia, Federico y Conrado habían ayudado con sus manos, y la obra, gracias á su celo, había llegado á tal grado de perfeccion, que maese Martin estaba fuera de sí, de alegría. Los tres oficiales, bajo las órdenes del maestro, se ocupaban en poner los aros; los martillos golpeaban á compás. El anciano padre del difunto Valentin formaba las duelas, y la buena Marta, sentada detrás de Conrado, dedicaba parte de su tiempo á los quehaceres de la casa, y otra parte al cuidado de sus hijos.

El trabajo era tan ruidoso, que impidió que se oyera entrar al anciano Juan Holzscher. Maese Martin, que fue el primero que le vió, le salió al encuentro para preguntarle qué deseaba.

—Dos cosas, contestó Holzscher; la primera es, que deseo ver otra vez á mi antiguo pupilo Federico, que trabaja aquí con tanto ardor. La segunda, que vengo á pedirlos, maese Martin, que hagais para mi bodega uno de los mayores toneles que se conocen; pero veo que estais concluyendo uno que me convendría, decidme: ¿qué precio quereis por él? Reinaldo, que volvía á trabajar despues de algunos minutos de reposo, oyó las palabras de Holzscher, y contestó por maese Martin:

—No penseis en este, mi querido señor, porque este tonel que estamos concluyendo, está encargado y comprado por el respetable príncipe obispo de Bamberg.

—En efecto, no puedo vendérselo, añadió maese Martin; pero por lo escogido de la madera y lo acabado de la obra debeis conocer que una obra maestra tal, es únicamente buena para la bodega de un príncipe; así, pues, como mi compañero Reinaldo os ha dicho, no penseis mas en él. Cuando haya pasado la vendimia, prometo haceros uno mas sencillo que responda exactamente á vuestros deseos.

El anciano Holzscher, picado por los modales de maese Martin, contestó inmediatamente que su dinero era tan bueno como el oro del príncipe obispo de Bamberg, y que le proporcionaría en otra parte otro con mas ventaja y tan bien hecho, como lo estaban los toneles de maese Martin.

El grueso tonelero no podia apenas contener su cólera; obligado á guardar silencio en presencia de Holzscher, que tenia grande influencia en toda la ciudad, ocultó su mal humor, y mirando alrededor suyo buscó un objeto sobre el cual pudiera descargarle, cuando Conrado, que no se había fijado en la conversacion, comenzó á dar martillazos con toda su fuerza para hacer que fueran pasando los aros, con el objeto de que ajustaran mas las planchas del tonel. El maestro tonelero se volvió hacia él, y dando una patada en el suelo, exclamó:

—¡Estúpido animal! ¿Estais loco? ¿No veis que estais estropeando el mejor tonel que se ha construido jamás en los talleres de Nuremberg?

—¡Hola! dijo Conrado, mi maestro está colérico, ¿y por qué no había de echar á perder este tonel si me acomodara? Y comenzó á golpear de nuevo con violencia, hasta que habiendo roto el aro principal por un golpe mal dado, todo el tonel quedó deshecho.

—¡Malvado! gritó maese Martin echando espuma de cólera, y arrancando una tabla de las manos del padre de Valentin, que la estaba cepillando, le dió á Conrado un fuerte golpe con ella en las espaldas.

El oficial quedó casi aturdido por un momento, y sus ojos lanzaron una mirada de fuego.

—¡Hiere! exclamó, y cogiendo el hacha mas grande que había en el taller, la lanzó con toda su fuerza á maese Martin, á quien Federico solo tuvo tiempo de echar á un lado; el corte del instrumento le hirió únicamente en el brazo, del cual empezó á correr la sangre, y maese Martin perdió el equilibrio, yendo á caer en el banco de un aprendiz.

Todos se arrojaron entonces sobre Conrado, cuya cólera se había exasperado por el mal que había hecho. Su fuerza, redoblada por el furor, oponia una gran resistencia, y levantando el hacha ensangrentada, estaba á punto de descargar un segundo golpe, cuando Rosa, que había oído el ruido, vino corriendo, pálida como la muerte. Conrado quedó desarmado por su presencia, y arrojando su arma homicida, cruzó sus brazos sobre el pecho, y quedó por un momento inmóvil como una estatua. Despues volvió en sí por un esfuerzo interior, y huyó lanzando un grito de dolor.

Nadie le persiguió; los testigos de esta escena levantaron á maese Martin, que estaba cubierto de sangre, y despues de examinar la herida, hallaron que no había llegado al hueso. El anciano Holzscher, que se había refugiado detrás de un monton de tablas, se aventuró á salir entonces, y pronunciando un discurso ve-

hemente contra las profesiones que ponen en manos de gente ignorante armas tan peligrosas, suplicó á Federico que abandonara este taller, y volviese á su primera profesion de modelar y grabar en metal.

En cuanto á maese Martin, cuando volvió en sí y vió que era mayor, el susto que el mal, solo tenia palabras para lamentar el daño hecho al tonel del príncipe obispo de Bamberg.

Despues de este acontecimiento condujeron á maese Martin á su quinta en una silla de manos. Federico y Reinaldo volvian juntos á pie á la ciudad, cuando empezaba la noche, y en el camino al pasar cerca de un vallado oyeron unos gemidos de una voz para ellos conocida. Súbitamente se levantó delante de ellos un hombre de alta estatura que los hizo dar un paso hácia atrás por la sorpresa que los causó, era Conrado, que se hallaba desesperado por la accion cometida y por los resultados irreparables que tendria en el porvenir.

—Adios, amigos míos, les dijo; no debemos volver á vernos mas: decid á Rosa que la amo, y que no maldiga mi memoria. Decidla, que mientras yo viva, su ramo no dejará ni un momento el lugar que ocupa sobre mi corazón. Adios, mis buenos camaradas.

Y desapareció al través de los campos.

—Este pobre Conrado no es un hombre malo, dijo Reinaldo á su amigo; pero hay en él algo extraño y misterioso; sus acciones no están conformes con las reglas ordinarias de la moral; tal vez conoceremos algun dia el secreto que nos ha ocultado.

(Se continuará.)

INTRIGA Y PASION.

I.

En el comedor de una casa de la calle de San German, donde habitaba Fouché, el célebre ministro de policía de Napoleon, se hallaban reunidos en una tarde de mayo, varios de los principales individuos de una sociedad llamada por el mismo Fouché, «la cohorte de Venus.» Allí estaba la bella y elegante Mad. María de Saint-Cyr, joven viuda, cuyo marido habia tenido un destino importante en la casa real; esta dama tenia un tren magnifico, y sus salones en la calle de Anjou, estaban amueblados con esquisito gusto; tenia tambien palcos en la ópera, y cuando aparecia en sitios públicos ó en sociedad, su traje era notable siempre por su sencillez y elegancia; en una palabra, María de Saint-Cyr, estaba considerada en la sociedad de París como una mujer muy rica, y esceptuando Fouché y sus espías, nadie tenia la mas pequeña idea de su verdadero estado, ni de dónde la venian los medios para sostener un tren tan costoso como el que poseía. A sus fiestas concurrían con frecuencia hombres de clase elevada, de poder y de influencia, algunos de los cuales la habian pedido su mano, pero al negársela, su repulsa habia sido tan cortés, que no podían tener motivo para ofenderse. El nacimiento de María de Saint-Cyr estaba envuelto en el misterio, pero los que estaban mejor informados, solían asegurar aquello precisamente que menos conocían, es decir, que María habia nacido y se habia criado en un palacio y que era de clase noble. Es inútil decir que era una mujer de extraordinario talento y de un tacto esquisito, porque si no hubiera tenido estas cualidades, difícilmente la hubiera escogido Fouché para la ejecucion de la parte tan delicada que estaba llamada á representar constantemente, ni la hubiera soportado, estando á costa del Estado el modo extraño de vivir á que aparentemente la gustaba entregarse.

Con los brazos apoyados en el respaldo de la silla en que estaba sentada María de Saint-Cyr, se hallaba Mr. De Vivier (en otro tiempo conde) aristócrata, cuya fortuna habia sido destruida mucho antes de que la revolucion le hubiera

privado de su título. Alto, bien formado, gracioso, instruido y elegante De Vivier, no contaba aun treinta años. ¡Cuán perfecto era su traje y cuán ardiente era su discurso cuando miraba de frente el rostro encantador de María, contándola una aventura de la noche anterior! De Vivier habia sido un gran jugador en los dias de su prosperidad; mas sin embargo, no era á esta pasion á la que debia la pérdida de su fortuna; por el contrario, la debia al favor de Fouché que le daba dinero para el juego, con la condicion de que oyera cautelosamente y le diese cuenta del «producto de la noche;» es decir, de las conversaciones que oyera á sus compañeros de juego, que eran en general hombres de alto rango y de elevada posicion en la capital de Francia.

Al lado opuesto á donde estaban María y De Vivier, se hallaba Luisa Duval, recostada negligentemente en un sofá, hojeando una obra ilustrada que acababa de publicarse. Luisa Duval era alemana de nacimiento, no era precisamente bella, pero tenia tanto atractivo en su rostro y una espresion tan fascinadora, que rara vez dejaba de encantar á los que la miraban; el conjunto de su figura era soberbio, sus maneras seductoras y aparentemente naturales; su voz era suave en el canto y en la conversacion; su conocimiento en la música estenso y profundo, y su memoria con respecto á los asuntos literarios, artísticos ó históricos, tan fiel, que no es de extrañar que el número de sus admiradores fuese casi igual al de María de Saint-Cyr, mucho mas si decimos á nuestros lectores, que Luisa Duval hablaba inglés, italiano y español, por lo menos tan correctamente como francés y alemán. Luisa Duval era tambien viuda.

Al pie de esta se hallaba sentada en una banqueta de terciopelo carmesí, una joven de diez y siete años, llamada Raquel de Este, la cual era la verdadera personificación de la belleza, con sus largos cabellos rubios, sus ojos azules y de mirar dulce, nariz griega, boca pequeña, labios de color de coral, figura esbelta y manos y pies tan pequeños, que se duaba si habian aumentado en tamaño desde que Raquel cumplió diez años. Raquel era huérfana, hija, Dios sabe de quien, habia sido hallada en París durante los disturbios revolucionarios y el corazón compasivo de algun hombre del gobierno, se habia apiadado de su desvalida infancia, y se la habia entregado á aquel de quien Fouché la tomó con el objeto de llevar á cabo uno de los diversos designios que ocupaban constantemente su cabeza. Fouché acostumbraba á llamar á esta joven «su gatita» y los que la hubiesen visto la tarde de que hablamos, sentada entre Luisa Duval y Fouché hubieran juzgado que tal sobrenombre era muy oportuno.

El emperador Napoleon habia visto á Raquel paseándose en los jardines de las Tullerías, y naturalmente habia tenido curiosidad de saber quién era y dónde vivia, y Fouché, á quien el emperador habia hablado de esto, estaba en el momento á que se refiere esta escena, haciendo «todo lo que estaba en su poder (según decia) para descubrirlo é informar á Su Magestad.»

El ilustre José Fouché se hallaba leyendo sentado delante de una mesa cubierta con cartas y papeles. Súbitamente sus cejas se arquearon con cólera, pero una pequeña sonrisa se manifestó en la parte inferior de su rostro espresivo. «¡Hola!» exclamó en un tono que atrajo la atencion de todos los circunstantes, «aquí otra de esas infames cartas que los enemigos del gobierno llaman diestras, ahora estamos observados.»

—¡Observados! ¿De veras? creo que será una broma, dijo María.

—No, replicó Fouché, volviendo á tomar el papel y leyendo: «el enemigo principal (lo dicen por mí) ha establecido una cohorte de las mujeres mas amables»...

—¡Que bien hablan de él! exclamó Raquel echando sus rizos detrás de sus delicadas orejas.

—¡Silencio niña! dijo María.

Fouché prosiguió: «y mas abandonadas, en

union con hombres relajados que han pertenecido á la aristocracia.»

—Esto es diabólico, dijo De Vivier retorciéndose el bigote.

«Mujeres de buena cuna, pero de una moralidad equívoca,» continuó leyendo Fouché, «hombres de una destreza encantadora, pero de una especie escesivamente mala.»

Aquí Fouché fue interrumpido por una carcajada general, en la que tomó parte, y cuando hubo cesado, siguió leyendo:

«Por medio de esta gente desconceptuada, Fouché está informado de secretos, que nadie mejor que él mismo, conoce cuanto importan. Napoleon es bastante débil para creer que Fouché posea realmente la facultad instintiva de adivinar los pensamientos de otros hombres. Pero por ingenioso que sea este medio y por mas que tenga éxito durante algun tiempo, Fouché hallará al fin que esto sale mal y que cuando él necesite mas de los servicios de estas gentes falsas, ellas le abandonarán y tal vez le denuncien.»

—¿Cómo se atreven á hablar así? preguntó María de Saint-Cyr con indignacion. ¿No os he probado ya mi fidelidad, rehusando la mano de los hombres mas ricos y mas influyentes, de todos los favoritos del emperador?

—Y yo, replicó Luisa Duval, ¿no he demostrado ya, que ni rango ni riqueza podían inducirme á vender vuestra confianza?

—¡Qué hombre tan malo debe ser el que lo haya escrito! dijo Raquel.

—Callad todos, os ruego, dijo Fouché. Sois tan susceptibles como el mismo emperador, que se alarma mas leyendo una de estas miserables cartas, que si oyera decir que el ejército mas poderoso del mundo venia hácia la capital. ¿Por qué no puedo acostumbraros á que os veais injuriadas por escrito y lo oigais tan tranquilamente como yo?

—Pero sin embargo, señor, dijo María.

—Sois poco á proposito para la vida pública, dijo Fouché interrumpiéndola, si no podeis permitir que os maltraten con todo género de calumnias. Tranquilizaos os ruego. La carta dice: «No hay duda alguna de que Fouché terminará su extraña carrera en la horca, y entre la multitud reunida para presenciar el espectáculo, pocos habrá que duden de la justicia de la ejecucion. Sus cómplices participarán probablemente de su suerte, pero algunos de ellos escitarán la compasion del público, porque mas bien son víctimas de su relacion con Fouché que de su propia depravacion natural.» Aquí hay miras particulares; el resto es puramente político y sin interés. Diciendo esto Fouché, arrojó el papel y bostezó.

—Estos tiranos de la prensa, decapitarían el pueblo á docenas, dijo De Vivier.

—Sí, dijo Luisa Duval, pero creo que perderán su cabeza mucho antes que nosotros perdamos la nuestra.

—De lo cual debeis estar bien segura, dijo Fouché.

—Pero ¿quién será ese hombre terrible? preguntó Raquel echando involuntariamente sus manos á su cuello.

—¡Ah! hija mía, dijo Fouché, esta es una cuestion en la que he sido acusado yo mismo. El inglés no pudo descubrir jamás quien era Junio y creo que Disco será igualmente afortunado y guardará su secreto. Algunos amigos míos en la corte sospechan que yo soy el autor.

—¿Y el emperador participa de tan absurda sospecha? exclamó De Vivier.

—Por ridícula que pueda ser, replicó Fouché, me inclino á creer que la da crédito.

—¡Qué cosa tan ridícula! dijeron á la vez María y Luisa.

—Es verdad, replicó Fouché, pero yo no me defiende. El hombre que lo hace en ausencia de toda clase de prueba contra él, aumenta inevitablemente la sospecha que desea alejar.

—Pero esta última carta, dijo De Vivier, los convencerá de su error.

—No estoy cierto de ello replicó Fouché, mis amigos pueden decir que he abusado nuevamente para cegar al emperador y el emperador



Intriga y pasión.—Fouché y la cohorte de Venus, (capítulo I.)

puede ser de la misma opinión. Pero vamos á ocuparnos de asuntos, Luisa.

Luisa Duval se levantó y tomando una silla fué á sentarse al lado de Fouché. María, De Vivier y Raquel se colocaron en un rincón de la habitación y se pusieron á hablar entre sí, porque era una parte del sistema de Fouché no permitir nunca que un espía se enterase de la clase de negocio que se le encargaba á otro espía.

—Luisa, la dijo Fouché, aquí hay en el hospital de una cierta prision un jóven inglés; deseo mucho saber quien es, que le ha traído á París y cuál es su profesion. Id á verle por la noche disfrazada de hermana de la Caridad; habladle y sed amable y buena con él. Dejadle que mire vuestros hermosos ojos que vea vuestra blanca y pequeña dentadura; coged su mano calenturienta entre las vuestras tan suaves y delicadas é inmediatamente se enamorará de vos; estos ingleses son muy susceptibles, Luisa.

—¿Lo son? preguntó Luisa.

—Mucho, replicó Fouché, y á veces tambien de ideas novelescas. Dadle alguna esperanza y no os sorprendais si os propone huir con él. ¿Comprendéis el papel que teneis que representar?

—Perfectamente.

—Hallareis un traje de hermana de la Caridad en el guardaropa número 8, disfrazaos con él é id.

Luisa obedeció y salió de la habitación.

Fouché quedó absorto un momento en sus propias reflexiones, pero en seguida tomó algunos polvos de rapé y llamó á De Vivier.

De Vivier se aproximó y se sentó en la silla que Luisa Duval habia dejado desocupada.

—De Vivier, dijo Fouché en su tono mas afable, visitareis esta noche una casa de juego que hay en el Palais Royal. Id primero y tomad nota de las pérdidas y ganancias de ciertos individuos del servicio del emperador á quienes habeis encontrado allí; he oído que uno ó dos de ellos están en camino de arruinarse. Vos entrareis en el juego.

—Con mucho placer, replicó De Vivier, pero necesito oro en mi bolsillo.

—O papel moneda, dijo Fouché con una sonrisa, dándole un billete de banco de 1,500 francos. No seais aturdido. Tened el oído alerta y venid á mí asi que se haya concluido el juego.

De Vivier se levantó y dando las buenas noches á Fouché salió con aire presuntuoso.

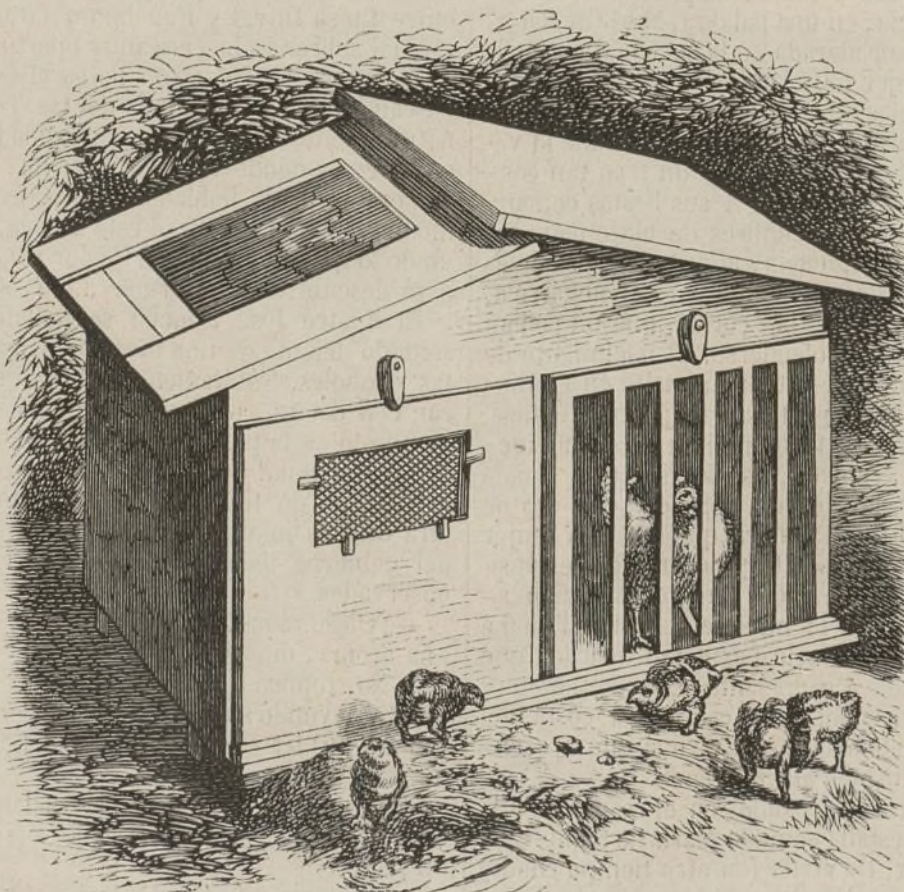
Fouché volvió á quedar absorto en sus pensamientos y á tomar algunos polvos de rapé y llamó á Raquel. Esta vino casi saltando se arro-

dilló delante de él y le miró frente á frente. Durante algunos minutos Fouché estuvo jugando con los rizos de la bella jóven sin decir una palabra y luego la dijo: hija mia, preparaos para una larga jornada, teneis que marchar á Milan mañana; id, hija mia y haced vuestros preparativos; retiraos temprano esta noche.

—¡A Milan! dijo Raquel.

—Sí, á Milan querida mia.

—Muy bien, contestó Raquel, y despues de haber recibido la bendicion y un beso de Fouché salió de la habitación.



Economía rural.—Jaula para aves domésticas.



Nuevos antílopes africanos.

—¿No teneis nada que mandarme? preguntó María de Saint-Cyr en un tono de voz que indicaba que se había resentido de ser llamada la última.

—¿Que mandaros? dijo Fouché. Tengo reservado para vos el desempeño de un deber muy importante.

—¿De veras?

—Vos me habeis oído decir que ha circulado el rumor de que yo era el autor de las cartas firmadas con el nombre de «Disco.»

—Sí.

—Creo que este rumor debe su origen á un ministro que me aborrece porque envidia el poder y la influencia que poseo con el emperador. Esta noche va á la ópera y yo he tomado para vos un palco inmediato al suyo. Vos sabreis por él en qué funda su sospecha y además que pasó hoy en el consejo secreto.

—Pero ¿cómo he de lograr el saberlo?

—Escuchadme; este ministro es sumamente galante y muy vano. Así que os vea imaginará alguna excusa plausible para entrar en relaciones con vos porque su atrevimiento se iguala á su vanidad. Despues, viendo que estais sola se ofrecerá á acompañaros, vos accedereis y le invitareis á cenar; os reireis mucho de sus chistes. Es un hombre que tiene mucha gracia y no dudo que por el camino ireis verdaderamente contenta. Vos entonces admirareis su elevada frente y sus finas facciones. Se puede decir que si es posible está mas envanecido de su figura, que es horrible, que de sus talentos que son incontestablemente vastos y variados; con una persona tal ya sabeis como teneis que conducirlos.

—Pero ¿y si está sobre sí y es reservado? dijo María.

—¡Sobre sí! ¡bah! dijo satisfecho Bouché; ¿cómo ha de estar sobre sí un hombre infatuado con la vanidad que le causa ver á una mujer bella y distinguida que le alienta en sus obsequios? Le encontrareis tan tonto y tan fácil de manejar como cualquier petimetre de los que pasean por las Tullerías. Además es aficionado á beber y cuando se halle escitado hablará con esceso, seguidle la corriente, no se ocupará de otra cosa.

—Le escucharé con una paciencia maravillosa.

—De este modo ganareis su corazón de una vez.

—¿Y entonces?

—Inducidle á que hable de mí; empezad por censurarme é inmediatamente se unirá á vos. Notad bien todas sus palabras y retened sus frases y antes de que se separe de vos procurad obtener de él alguna muestra de su aprecio, una sortija, un dije, una caja de tabaco, un pañuelo de la mano, en fin algo con lo cual pueda yo hacerle conocer sin hablar que no es tan prudente como debiera. Este hombre no está aun en mi poder, pero he de tenerle ó de lo contrario puede hacerme presentar mi dimision.—Esperad; voy á daros algunas joyas magníficas para que las lleveis en esta ocasion. Fouché se levantó y habiendo entrado en un gabinete trajo consigo una cajita. Tomadlas, la dijo, pertenecen á un noble polaco que se halla en Dresde; me las entregó para su seguridad.

María tomó la cajita de mano de Fouché y se dispuso á marchar.

—Una palabra mas mi querida María, dijo Fouché, Decidme ¿os hallais aun en buenas relaciones—no aparentes sino verdaderas—con Luisa Duval?

—Sí.

—¿Y con De Vivier?

—Tambien.

—¿Estais segura de su sinceridad?

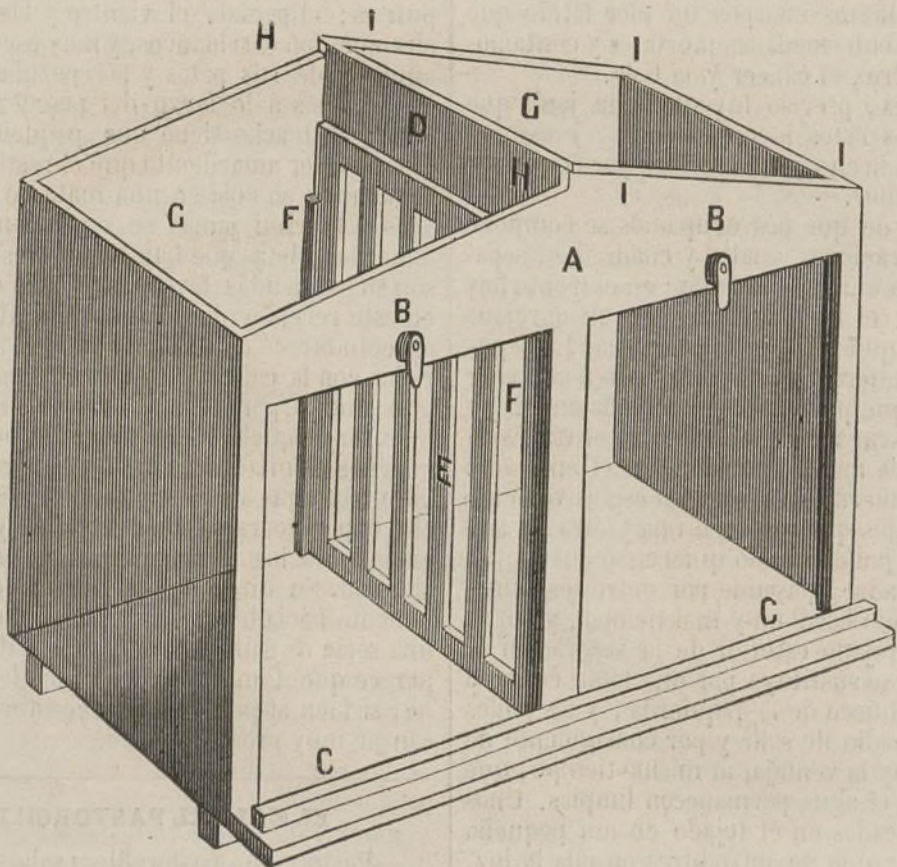
—Completamente segura. ¿Por qué?

—¡Es muy extraño!

—Escitais mi curiosidad.

—No penseis mas en ello. Ambos conocen la influencia que ejercéis sobre mí y creo que desean aminorarla; tienen envidia, pero no hagais caso de mis sospechas; continuad siendo política y amable con ellos, mas no os fieis. Ahora es ya tiempo de que vayais á vestiros.

María de Saint Cyr se retiró; Fouché se re-



Economía rural.—Jaula para aves domésticas.

clinó de nuevo en su sillón y haciendo un gesto particular levantó la tapa de su caja de tabaco y dijo tomando una cantidad de su contenido: ¡Ah! ¡cómo me gusta una mujer cuyo corazón y cuya alma están ocupados en la intriga! ¡Una mujer que puede tomar parte en el gran juego de la vida del mismo modo que si pisara las tablas de un teatro! ¡Una mujer que es superior á esa emoción ridícula llamada amor, que turba el entendimiento altera los sentidos y convierte los seres racionales en unos idiotas! ¡Una mujer cuyo pecho es tan frío como el hielo pero cuyas palabras y maneras son siempre ardientes y encantadoras! ¡Una mujer que jamás ha cometido el mas pequeño perjurio ni por verse herida, ni por distraer su conciencia! Yo hubiera sido así, si los cielos hubieran querido hacerme mujer y dotarme de un rostro y de una figura igual á la suya. ¡Cuán curioso debe ser el catálogo de los triunfos de María de Saint Cyr! ¡Cómo pintar los seres que se han arrodillado ante ella adorándola y confiándose en su encantadora sonrisa! ¡Pobres criaturas seducidas!

Un criado anunció al coronel Cartouche.

—Que entre, dijo Fouché.

El coronel entró en la habitación sin aliento y en un estado de penosa ansiedad.

—Sentaos coronel, dijo Fouché.

—Tengo un secreto que comunicaros dijo el coronel.

—Los secretos son raros ahora, coronel.

—Sí, —yo sé— pero ¡cómo me late el corazón, gran Dios!

—Pareceis muy fatigado, coronel.

—Sí, he corrido tanto que apenas ponía los pies en el suelo; pero acabo de descubrirlo.

—Un secreto, coronel, jamás pierde su valor para quien le guarda con completa frialdad; pero empiezo á sospechar que vuestro secreto no lo es.

—Lo es muy grande.

—Os engañais, coronel.

—No en verdad. Decidme: ¿quién es Disco?

—¿Es ese vuestro secreto, coronel?

—Vos no teneis medio de decirme quién es; ¿le conocéis?

—Lo he descubierto hoy mismo.

—¿Teneis el diablo en el cuerpo! Pero justamente esta es mi acostumbrada fortuna. Siempre soy el último en todo y ahora que creía ser ascendido á mayor general con 50,000 francos de sueldo y por lo menos una plaza en el estado mayor del emperador y una posición regular para el resto de mis días me encuentro que he corrido lo suficiente para reventar no digo á un hombre sino á un caballo, me encuentro que he llegado precisamente á tiempo para ser el último.

—Sin embargo, coronel, os doy muchas gracias aun siendo el último; os doy mil gracias por vuestro celo en tan buena causa; pero dudo que sepais realmente quien es el autor; permitidme que os muestre una cosa.

(Se continuará)

JOHN LANG.

ECONOMÍA RURAL.

LAS AVES DOMÉSTICAS.

De mucha importancia son los estudios que se han hecho sobre la conservación y crianza de aves domésticas, pues nadie duda que son de los animales mas útiles para la alimentación del hombre, y que proporcionan grandes productos á los que las crían por especulación.

Se han ensayado varias maneras de criar la especie gallinácea, ya en cuadradas, en gallineros, ó en patios separados, otras veces teniendo encerrada á la madre y los polluelos sueltos, también dejándolos libres con la madre para que esta los conduzca donde mejor le parezca, siendo de todos estos medios este último el que da mejores resultados, pero es preciso que estén en sitio donde haya basureros y también mucha yerba, y que no se junten dos polladas, estando sin embargo las crias espuestas á mil accidentes.

Para criar con buen éxito cierto número de estas aves son indispensables cuatro condiciones, á saber: que el terreno esté cubierto (como ya se ha dicho) de yerbecillas, mantenerlos con alimentos apropiados á las especies, que el sitio sea sano, cómodo y limpio, y que sea siempre el mismo para cada familia, hasta el completo desarrollo de los pollos. El terreno donde estén debe ser espacioso y nunca menos de unos 1,800 pies para 30 individuos y debe cuidarse con esmero.

Para que crien bien, es condición precisa que estén en sitio enteramente seco y que tengan donde estar al abrigo del mal tiempo, por duradero que sea. Algunos creen que cuidando de que no les falte la comida, ya no es preciso nada mas; pero se equivocan, pues raras veces se desarrollan como es debido los que han sido criados en un lugar húmedo, sucio, donde existan ciertos insectos muy pequeños llamados *mitas*, ó bien que no se haya tenido orden en su comida ó que hayan carecido de agua limpia para beber; en pocos días se experimenta, en cualquiera de estos casos, que se desmejoran y por fin mueren tísicos.

Se necesita tener unas jaulas muy grandes para resguardarlos de la lluvia, pero con dificultad se encuentran esas jaulas construidas de modo que el agua no penetre, mas ó menos pronto en ellas, y sucede que cuando la lluvia es fuerte ó muy duradera están los pobres hijuelos sumergidos en un barro glacial de su mismo excremento desleído con el agua de la lluvia, y se les ve que inútilmente buscan un refugio junto á su madre que también está caída de agua, de manera que al ponerse al abrigo de ella aun se mojan mas, se les pegan las plumas al cuerpo y muchas veces mueren temblando uno despues de otro. Los que sobreviven crecen enfermizos y de mal aspecto.

Otro inconveniente de las jaulas ordinarias es la falta de espacio. Aun en el caso de que estén colocadas en un paraje seco á las pocas horas de estar en ellas ya despiden un olor infecto; luego mas adelante, cuando hay que juntar varias polladas porque las madres ya se separan de sus hijuelos, y estos han crecido aumentándose su volumen un doble ó mas, no tienen ya bastante espacio para estar con desahogo. Entonces se suscitan entre ellos nuevos elementos de destrucción, porque durante muchos días riñen continuamente hasta que se conocen ya bien. Los mas pequeños, es decir, los que necesitan mas del alimento son ahuyentados del comedero en cuanto se acercan á él, y no pasan ninguna vez junto á los mayores sin que les den sendos picotazos que les arrancan las plumas cuando menos. Por las noches duermen tan juntos, que resulta naturalmente de esta reunión de tantos cuerpos un olor fétido que produce las enfermedades mortales y contagiosas del catarro, el cáncer y la tisis.

Era, pues, preciso inventar una jaula que evitase todos estos inconvenientes, y esto es lo que se ha hecho, como se verá por la que vamos á describir.

La jaula de que nos ocupamos se compone de dos separaciones iguales y cuadradas, separadas por un enrejado interior: en el frente hay dos huecos, el de la derecha con un enrejado y el de la izquierda tapado con tabla. La separación de la derecha está destinada á contener la gallina, que permanece encerrada en ella, y no puede sacar mas que la cabeza al través de las barras de madera que forman el enrejado: la de la izquierda es reservada exclusivamente para los pollos que recorren una y otra, y aun salen de la jaula cuando quieren ó cuando los llama su madre, pasando por entre los enrejados. Cuando hace muy mal tiempo, y por la noche el enrejado exterior de la separación de la derecha, se sustituye por una tabla como la que tapa el hueco de la izquierda, y los pollos no tienen medio de salir y por consiguiente de mojarse, hay la ventaja, al mismo tiempo, que la comida y el agua permanecen limpias. Unos vidrios colocados en el tejado de esa pequeña casa permite que se introduzca en ella la luz, y dos aberturas ó ventanitas provistas de su

correspondiente alambarrera que debe haber en cada lado, establecen la corriente de aire necesaria.

Vamos á tratar ahora que ya se ha explicado el objeto de las diferentes partes de que se compone la jaula, de los detalles para su construcción. Debe ser de madera de pino, escepto el fronton A y los montantes que se harán de nogal para mayor solidez y tendrán 3 centímetros de espesor: la medida debe ser de 1 metro 28 centímetros de ancho, 89 centímetros de alto y 62 de profundidad.

El suelo, el respaldo y los lados, son de tabla sin ninguna abertura ni enrejado; el techo está hecho de dos partes movibles de dimensiones diferentes para que sobremonte una á otra, que se han de poder abrir ambas, y que deben dejar un reborde mayor que la jaula, de 3 centímetros por delante y detrás, y de 10 por cada lado. A cada lado del fronton A, en medio de los huecos que resultan se ponen dos fallebitas, B para sostener cerradas las tablas que son sostenidas abajo por una barra de nogal C clavada en el borde de la jaula y dejando que el suelo de la misma salga de la línea de la fachada. En el interior se coloca arriba, para solidez y para sostener el enrejado de madera E que divide la jaula en dos partes, una tabla trasversal D. El enrejado debe estar de manera que pueda quitarse ó ponerse segun convenga por medio de dos listoncitos F, clavados uno en medio del respaldo y otro en el montante de delante. Delante y detrás H se colocan unos ganchitos para sostener el techo bien cerrado y privar que entre el agua. Para que se sostengan las dos partes del techo derechas cuando sea conveniente, se pondrán unos listones interiores. La parte mas pequeña del techo debe tener un vidrio de 25 centímetros de ancho y 50 de largo.

No resta mas que decir, sino que no se debe hacer uso de las jaulas hasta que no se perciba ningún olor de la pintura (la cual se debe renovar cada dos años para la conservación de la jaula), pues de lo contrario se perjudicaría tanto á las aves domésticas para quienes se destina, que enfermarían ó morirían.

NUEVOS ANTÍLOPES AFRICANOS.

Un moderno viajero escocés, que acaba de publicar su Diario de viajes por el Africa del Sur, habla del descubrimiento que hizo con sus compañeros de expedición, de una especie de antílopes enteramente nueva, llamados allí lechés ó lechuis, de color amarillento ligeramente oscurecidos. Sus cuernos, dice, arrancan de su cabeza con una ligera inclinación hacia atrás, volviendo á encorvarse hacia adelante por las puntas; el pecho, el vientre y las órbitas de sus ojos, son casi blancos, y muy oscura la parte anterior de sus patas y las pezuñas, y desde los cuernos á lo largo del pescuezo hasta la cruz, el macho tiene una pequeña crin del mismo color amarillento que el resto de la piel, reinatando su cola en una mata de cerdas negras. El lechui jamás se separa una milla del agua: las isletas que hay en los rios ó pantanos son sus viviendas favoritas, y solo es conocido en este receptáculo de aguas del Africa. Noble aspecto ofrece este animal cuando fija sus miradas con la cabeza erguida en cualquier objeto nuevo para él; y cuando se resuelve á huir, baja aquella hasta poner las puntas de los cuernos al nivel del lomo, y emprende un ligero trote que va precipitando hasta que concluye por correr á todo escape, y saltar por encima de los matorrales con extraordinaria agilidad. Su dirección en la huida es constantemente hacia los rios, que cruza por medio de una serie de saltos, para cada uno de los cuales parece que toma apoyo en el fondo; y su carne, si bien al principio parece sabrosa, llega á cansar muy pronto.

EL MAL DEL PASTORCILLO.

—Pastorcillo, pastorcillo ¿sabes qué fiesta celebran en la aldea?

—Las bodas de la niña mas hermosa de nuestro lugar.

—¿Por qué estás triste pastorcillo? ¿perdiste quizá algún corderillo de tu manada?

—¡Ay! he perdido lo que amaba aun mas que mis corderillos.

—Dime tu mal, pastorcillo; yo vengo de visitar el sepulcro del Señor y traigo de Palestina muchas santas reliquias. Con ellas se curan grandes males.

—Pero no el de amor, buen peregrino; para este mal no habrá en la tierra mas que un remedio, y ¿oís esa campana?... anuncia que la esperanza murió ya para mí.

ANTONIO VIDAL Y DOMINGO.

LOS DOS ANGELES.

LEYENDA ALEMANA.

Recorriendo iban la tierra, unidos cual hermanos, el ángel del sueño y el ángel de la muerte.

Anochecía ya, cuando se sentaron sobre un collado, desde donde contemplaban las habitaciones de los hombres. En torno suyo reinaba sepulcral silencio, y ni tan siquiera se dejaba oír la campana de la lejana aldea. Abrazados estaban los dos ángeles amigos de los hombres, sin hablar palabra, cuando ya se acercaba la noche.

Levantándose de improviso el ángel del sueño de su lecho de yerba, comenzó á esparcir con benéfica mano las semillas invisibles que producen el sueño, y el blando céfiro las llevó á la morada del labrador fatigado. Todos los habitantes del campo se entregaron unos tras otros al sueño, desde el anciano de vacilante paso hasta el niño que permanece en la cuna. El enfermo olvida sus dolores, el desdichado su desconsuelo, el pobre su desamparo, cerrándose paulatinamente los ojos de unos y otros.

Sentóse el bondadoso ángel del sueño cuando hubo terminado su tarea, y al lado de su hermano, le dijo con risueña inocencia:

—Cuando despierte la aurora me alabarán los hombres como bienhechor y amigo suyo. ¡Ah! ¡Cuán grato placer es el de hacer bien sin ser visto ni conocido! ¡Qué felices somos nosotros, mensajeros invisibles de Dios bondadoso! ¡Cuán grata es nuestra misión!

Así habló el ángel del sueño; pero su hermano el ángel de la muerte, con silenciosa tristeza y derramando lágrimas como las de los genios, dijo:

—¡Ay! ¡Qué no me sea dable celebrar como tú la gratitud de los hombres! ¡La tierra me llama su enemigo, y me consideran como perturbador de las alegrías humanas!

—Hermano mío, contestó el ángel del sueño, ¿tan pronto has olvidado que cuando el bueno despierte reconocerá en tí á su amigo y bienhechor, y te colmará de bendiciones? ¿No somos nosotros hermanos y mensajeros del mismo padre?

Así habló, y entonces brillaron de alegría los ojos del ángel de la muerte, estrechándose los dos genios hermanos en mutuos abrazos.

KRUMMACHER.

LA LIEBRE Y EL ERIZO.

CUENTO ALEMAN.

Esta historia, niños, va á pareceros mentira, y sin embargo, es verdadera, pues mi abuela, de quien la sé, no dejaba nunca, cuando me la refería, de añadir:—Debe, sin embargo, ser verdadera, pues sino no la contaría nadie.—Hé aquí la historia tal como ha pasado.

Era una hermosa mañana de verano, durante el tiempo de la siega, precisamente cuando el alforfón (trigo negro) está en flor. Brillaba el sol en el cielo, el aire de la mañana hacia moverse á los trigos, las alondras cantaban volando, las abejas zumbaban en el alforfón y la gente iba á la iglesia con el vestido de los días de fiesta: todo el mundo se alegraba ¿y por qué no había de alegrarse el erizo?

Pero el erizo estaba delante de su puerta, tenía los brazos cruzados y cantaba un cantarillo, ni mas ni menos como le canta un erizo en una hermosa mañana de día de fiesta. Mientras cantaba así por lo bajo, se le ocurrió con extraordinaria osadía en verdad, dar algunos pascos por la llanura, ínterin su mujer lavaba y vestía á sus hijuelos, é ir á ver cómo crecían los nabos. Los nabos se hallaban cerca de su casa y tenía la costumbre de comerlos con su familia, por lo que los miraba como si fueran suyos. Dicho y hecho. El erizo cerró la puerta detrás de sí, y se puso en camino. Apenas se hallaba fuera de su casa y cuando iba precisamente á pasar por delante de una zarza que se hallaba junto al campo en que crecían los nabos, encontró á la liebre que había salido con una intención semejante para ir á visitar sus berzas. Apenas el erizo vió á la liebre la dió con mucha política los buenos días. Pero la liebre que se creía un gran personaje y era de un carácter muy orgulloso no le contestó sino que le dijo con un aire muy burlon:

—¿Cómo es que corres tan temprano por el campo en una mañana tan hermosa?

—Voy á pasearme, dijo el erizo.

—A pasearte, contestó riendo la liebre, me parece que necesitarías para ello cambiar de piernas.

Esta respuesta disgustó mucho al erizo, pues nunca se incomodaba sino cuando se trataba de sus piernas, precisamente porque las tenía torcidas de nacimiento. —¿Te imaginas quizá, dijo á la liebre, que tus piernas valen mas que las mías?

—Lo creo al menos, replicó la liebre.

—Eso es lo que está por ver, repuso el erizo, apuesto á que si corremos juntos, corro mas que tú.

—¿Con tus piernas torcidas? Tú te chancas, dijo la liebre, pero si quieres apostaremos. ¿Qué vamos á ganar?

—Un Luis de oro y una botella de aguardiente, contestó el erizo.

Apostado, dijo la liebre, topa, y podemos probarlo en el acto.

—No, á nada viene tanta priesa, respondió el erizo, aun no he tomado nada hoy y quiero ir á mi casa á tomar cualquier cosa: volveré dentro de media hora.

Consintió la liebre y se marchó el erizo que por el camino iba diciendo entre sí.—La liebre se fia en sus largas piernas, pero yo se la jugaré. Se da mucha importancia, pero es muy tonta y lo pagará.

En cuanto llegó á su casa, dijo el erizo á su mujer.—Vístete corriendo, es preciso que vengas al campo conmigo.

—¿Qué pasa? preguntó su mujer.

—He apostado con la liebre un Luis de oro y una botella de aguardiente á que corro mas que ella y es preciso que seas de la partida.

—Pero ¿Dios mío! marido, dijo la mujer al erizo levantando la cabeza, ¿estás en tu sentido ó te has vuelto loco? ¿Cómo pretendes luchar en la carrera con la liebre?

—Silencio, mujer, contestó el erizo, no te metas en lo que no te importa. Nunca te mezcles en los negocios de los hombres. Anda, vístete y ven conmigo.

¿Qué había de hacer la mujer del erizo? Tenía que obedecer con ganas ó sin ellas.

Cuando salían juntos, dijo el erizo á su mujer:—Pon cuidado en lo que voy á decirte. Vamos á correr en una tierra grande que ves ahí en frente. La liebre correrá por un surco y nosotros por el otro, partiremos de allá abajo. Tú no tienes que hacer mas que estar escondida dentro del surco y cuando llegue la liebre cerca de tí, te levantas gritando:—¡Aquí estoy!

Apenas habían dicho esto llegaron al punto designado. El erizo indicó á su mujer el puesto que debía ocupar y marchó al otro lado de la tierra. Cuando hubo llegado al otro extremo encontró á la liebre que le dijo:—¿Vamos á correr?

—Sin duda alguna, respondió el erizo.

—Pues comencemos.

Y ambos se colocaron en sus respectivos

surcos. Entonces, dijo la liebre:—Uno, dos, tres y partió como un torbellino saltando varas enteras. El erizo dió tres ó cuatro pasos detrás de ella, despues se agazapó en el surco y se estuvo quedo.

En cuanto llegó la liebre á grandes zancadas al otro lado de la tierra le gritó la mujer del erizo:—Aquí estoy.—La liebre se admiró y se maravilló mucho. Creía oír al mismo erizo, pues la mujer era exactamente igual á su marido.

La liebre pensó para sí.—El diablo anda en esto,—y añadió en alta voz.—Vamos á correr otra vez,—y volvió á correr partiendo como un torbellino, de modo que sus orejas flotaban al viento. La mujer del erizo no se movió de su puesto. Cuando la liebre llegó al otro extremo de la tierra, la gritó el erizo.—Aquí estoy.—La liebre, fuera de sí exclamó entonces.—Vol vamos á empezar, vamos á correr de nuevo.

—¿Por qué no? respondió el erizo, estoy dispuesto á continuar todo el tiempo que tú quieras.

La liebre corrió setenta y tres veces seguidas de esta manera y el erizo sostuvo la lucha hasta el fin. Cada vez que llegaba la liebre á un extremo ú otro del campo, el erizo ó su mujer decían siempre.—Aquí estoy.

A la setenta y cuatro vez, la liebre no pudo concluir. Rodó por el suelo en medio del campo, comenzó á echar sangre por todas partes y espiró en el acto. El erizo cogió el Luis de oro que había ganado y la botella de aguardiente, llamó á su mujer para que saliese del surco, ambos entraron muy contentos en su casa y si no se han muerto viven todavía.

Así es como el erizo corrió hasta hacer morir á la liebre en el erial de Burtelude, y desde aquel tiempo ninguna liebre se ha atrevido á desafiar á correr á ningún erizo de Burtelude.

La moral de esta historia es mucho mas importante de lo que puede imaginarse; nadi en primer lugar debe burlarse del mas pequeño, aunque sea un erizo, y en segundo es bueno si tomáis mujer, que la tomeis en vuestra clase y semejante á vosotros en un todo. Si sois erizo, tened cuidado de que vuestra mujer sea eriza y lo mismo en las demás clases.

GRIM.

LAS ÓRDENES MILITARES.

Acerca del origen de las órdenes militares de caballería, creemos curiosas las noticias siguientes. La primera se erigió en Roma, siendo Rómulo su fundador, y se componía de calificados caballeros, que llamó Equites ó Cereles, por un capitán suyo de este nombre que lo era de 300 escogidos y nombrado para la guardia personal del emperador. Numa los suprimió despues, pero segun Plinio, se restablecieron con el nombre de *Flexumenes*. El rey Píscio añadió á las tres centurias de Rómulo, otras tres, subiendo el número de ecuestres hasta 609 caballeros. Los censores hacían la gracia de estas órdenes. Su insignia era un clavo mas pequeño que el que usaban los senadores y un anillo en los dedos.

De Roma pasó á España la eleccion de caballeros, necesitando estos para poder conseguir las insignias militares hacer informacion de nobleza de sangre. Se erigieron para la defensa de la fé contra bárbaros é infieles.

Los primeros fueron los infelices templarios en el año 1117, durando tan solo 200 años. Los de San Juan de Malta en 1120. Los de Santiago en 1170. Los de Montesa en 1212. Los de Cristus en 1320. Los de la Banda en 1368. Los de Calatrava en 1380. Los de Alcántara en 1420. Los de San Mauricio y San Lázaro en 1565, y los de San Estéban en 1561. Ha habido además las órdenes de caballeros del Sepulcro de Jerusalem; los del Toison; los de la Nunciata; los de la Estrella, los de la Tabla redonda; los de la Jarretiera; los del Gran duque de Florencia, y posteriormente otra porcion de órdenes, pero cuyos institutos varían completamente de los de las primeras.



Las modas primitivas y modernas.

El efecto del figurin se obtiene cubriendo con un papel, ya la mitad derecha, ya la izquierda.

LAS MODAS PRIMITIVAS**Y LAS MODAS MODERNAS.**

Se ha dicho que la coquetería de las mujeres ha existido en todos tiempos, pero ¿podrá decirse que las modas hayan sido en todos tiempos verdaderamente elegantes, bellas y seductoras? Y sin embargo, nada mas cierto que la *moda* ha existido siempre, por mas que en los primeros tiempos se desconociese su nombre, al par que se rendia culto á sus exigencias. El primer vestido dispuesto con naturalidad y sencillez por la primera mujer, Eva, debió servir de norma para sus primeras descendientes y contemporáneas. Despues, adelantando las necesidades, los medios y las industrias de la humanidad naciente, debemos presumir que no estarían de moda las hojas de higuera, y que entrarían bajo el dominio de la moda, los tejidos debidos á la laboriosidad de los primeros hombres. Los mas antiguos monumentos literarios y arqueológicos de los pueblos primitivos, nos demuestran la manera de vestirse y adornarse mas en boga entre el bello sexo egipcio, fenicio y asirio; pero describir los caprichos del genio de la moda en tan remota época, seria enojosa é interminable tarea. Debe sin embargo advertirse que las transformaciones que se operan en las costumbres de los pueblos, no son efecto del capricho de su imaginacion ó de su fantasía. Los trajes, las

costumbres y las ideas, caminan siempre de consuno, y de aquí resulta que los pueblos primitivos, cuyas ideas no divagaban y cuyo orden social estaba constituido, no cambiaban de modo de vestir como los pueblos modernos, que siempre buscan un mas allá en todas sus aspiraciones. Las naciones indecisas, como todas las modernas, aunque su inconstancia y movilidad de ideas sean justificadas, son las que se humillan mas de continuo á las volubles exigencias de la *moda*.

Hé aquí por qué entre los griegos y los romanos la *moda*, si podemos valernos de esta palabra, cuando aun no habia sido inventada, era mas uniforme y constante que en los tiempos modernos. No por esto dejan de consignar los poetas y los escritores de la antigüedad, curiosas noticias acerca de las costumbres y modas de aquel tiempo, llegando á quejarse Ovidio de la invencion del *corsé* que se inventó en su época, diciendo que en un principio habian consistido en un ancho cinturon ó faja que rodeaba la cintura y comprimía el pecho. En Terencio se encuentra un enamorado, que al hablar de las perfecciones de una jóven extranjera á quien ama, prorrumpe con entusiasmo: «Esta jóven no se parece á las nuestras, á quienes sus madres se esfuerzan en bajar el talle y les obligan á apretarse para parecer delgadas.» En fin, Horacio, en una de sus composiciones da á entender que las mujeres dis-

tinguidas del tiempo del emperador Augusto, usaban vestidos de muchos pliegues y mas ahuecados de lo necesario, conociéndose que la *moda* tiranizaba ya á las nobles matronas romanas.

No sucedió así, ni con mucho, cuando la sociedad romana se estinguió bajo la rudeza de la invasion de los bárbaros. Los trajes volvieron á ser sencillos, casi agrestes, vistiendo poco mas ó menos del mismo modo nobles y plebeyos, reinas y mujeres campesinas. Diferenciábanse solo por los tejidos y la preciosidad de los colores, pero en cuanto al *corte*, á la *disposicion* del traje, poco diferentes eran las túnicas de los magnates de las de los hombres del pueblo. Pero esta reaccion en favor de la economía y de la sencillez duró poco.

Con el trato de los orientales, durante la Edad Media, con las continuadas guerras en la época feudal, con el renacimiento, por último, de las artes y de las letras, comenzó una época de lujo que no ha terminado todavía. Así como las reinas y las princesas no pensaban antiguamente mas que en curar los heridos y pasar la vida hilando junto á las grandes chimeneas de los castillos, despues quisieron iniciar novedades de la mayor importancia para una mujer de la corte, nombre que en nuestro siglo debía trasformarse en el de *mujer del gran mundo*. La reina Isabel de Baviera inventó los vestidos largos, llamados de cola, y los manto largos, en términos que unos y otros necesitaban el auxilio de pajes. La reina Ana inventó cierta especie de toca para la cabeza, y Catalina de Médicis motivó una verdadera revolucion en todos los trajes. Y no era solo en Francia, en Italia, en Alemania, en donde el lujo llegaba á su colmo, pues sucedia otro tanto en España, llegando esta nacion á imponer la moda durante mucho tiempo, á todas las demás de Europa.

No obstante, la verdadera distincion entre los trajes antiguos y modernos, parte desde el siglo XVI en que comenzaron á ensancharse los vestidos, con mas ó menos vicisitudes, hasta llegar al extremo que observamos en nuestros dias.

Pero entre las modas primitivas y las modas modernas, ¿cuáles han sido, en efecto, mas elegantes, mas bellas y seductoras?

No nos atrevemos á contestar, porque estamos convencidos de que muchas veces la elegancia, la belleza y los atractivos todos, no los constituyen los decretos de la moda, ni la habilidad de las modistas. Sin embargo, nuestras lectoras podrán comparar en el adjunto grabado el efecto de las primitivas y de las actuales modas, fallando cada una, segun su gusto, en cuestion tan crítica é interesante.

ADELA.

ESPLICACION

DE LA CLAVE ENIGMÁTICA DEL NÚMERO ANTERIOR.

La pluma es lengua del alma; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraron, tales serán sus escritos.

CERVANTES SAAVEDRA.

Esta clase de alfabeto convencional con números y ciertos signos en lugar de letras, se usa mucho entre los jóvenes de los colegios, sobre todo en el extranjero, con el fin de comunicarse entre sí sin conocimiento de los demás, ni aun de sus superiores. Comprendida la clave del alfabeto es muy fácil descifrar lo que se escriba con su auxilio.

Por todo lo no firmado J. GASPÁR,
editor responsable.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.